

¡Oh! ¡si yo pudiese á mi vez blandir otra de esas hojas!
Sería capaz, si tal pudiese, de bastarme yo solo para
concluir con todos mis enemigos!

Nunca como en esta noche he sentido más entero mi
corazón.

Mi cerebro se mueve con actividad vertiginosa.

Impulso interior golpea mis sienes hasta hacerlas
saltar.

Comprendo, y en mí percibo, la cólera de los dioses.

Mis narices se dilatan recreándose con los vapores de
la sangre humana, derramada sobre la piedra verde de
los sacrificios.

¡Buscan en lo impalpable mis manos enrojecidas, el
palpitante corazón de la víctima!

El recuerdo de las grandes fiestas de nuestros dioses
me embriaga y enloquece.

¡El fuego del entusiasmo de mis juveniles días abrasa
mis venas!

¡Nunca como hoy abrigué más condensado en mi co-
razón el odio á mis semejantes que en él tuvo siempre
su templo!

Pero... ¿por qué te detienes, Popoca?

El esclavo habíase en efecto detenido bruscamente.

Llegando iba á la casa objeto de su nocturna vigilia,
cuando al extremo de la calle aparecieron de nuevo el
mandadero Cosme y los dos españoles sus acompa-
ñantes.

Capítulo XI

¡Jamás vengado!

No quedó ni al sacerdote ni á su esclavo el recurso
de retroceder ni ocultarse.

Cosme y los suyos habíalos también descubierto y
apresurado el paso para llegar á ellos.

Ixtaolzín, próximo á perder el sentido de resultas de
un ataque de ira, oyó gritar á uno de los españoles:

—¡Alto ahí! ¡vive Cristo!

Popoca estiró al sacerdote, que había puesto la mano
sobre uno de los hombros del esclavo, y se arrojó espa-
da en mano contra el español retador, que lo era D. Pe-
dro de Togores.

Pero este tendió recta su acerada hoja y aunque el
esclavo quiso retroceder no lo pudo, por habérselo, sin
intención alguna, impedido el sacerdote ciego, y D. Pe-
dro le atravesó de parte á parte produciéndole una
muerte instantánea.

Iba á hacer otro tanto con Ixtaolzín, á quien la desgra-
cia acontecida á su esclavo mantenía rígido y mudo

como una estatua, cuando le detuvo la acción el indio Cosme, gritándole mientras le tomaba la mano matadora.

—Ved, D. Carlos de Bazán (tal era el supuesto nombre con que el indio Cosme conocía á D. Pedro) que es un ciego é inofensivo anciano el hombre que tenéis delante.

—¡Ixcoatl!—gritó el sacerdote reconociendo por la voz al indio y dándole su verdadero nombre mexicano.

—El mismo, sacerdote de Toci,—contestó Cosme inclinándose respetuosamente.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Alonso de Pacheco, que para Cosme se llamaba Pedro Ordaz.

El sacerdote reconoció también por la voz á Alonso de Pacheco, y sonriendo diabólicamente contestó:

—Quien te conoce y puede servirte más de lo que crees, si en el trance en que me encuentro quieres ayudarme.

—Pues vé bien cómo te das trazas para ganarme con el servicio que me ofreces, porque nada te conviene menos que asegurar que me conoces, cuando lo contrario es lo que me importa.

—¿Quieres vengarte del hombre que más aborreces?

—¡Su nombre!

—D. Alvaro de Silva.

—¡Ah!—exclamó Alonso conmovido y regocijado,—¡pideme cuanto quieras y entrégamele de modo que no pueda oponerme resistencia alguna, porque necesito beber su sangre y las fuerzas me faltan para abrirle la herida de donde deba manar!

—¡Así lo haré, yo te lo prometo á ti á quien todos creen muerto hace tiempo!

—¡Calla, calla!—repitió Pacheco con apagada voz;—veo que me conoces, pero, habla; ¿qué es necesario hacer para que me cumplas tu promesa?

—Que hagas por mí lo que habéis impedido, matando á mi siervo, que él hiciese.

—Manda y te obedeceré.

—Guíame hasta una casa, que no debe estar distante, que tiene sobre la puerta una cruz blanca.

—La casa de mi sobrina...—exclamó Cosme sorprendido.

—La misma,—contestó Ixtaolzín;—lo había completamente olvidado, mi buen Ixcoatl.

—Pero... ¿qué buscas tú en esa casa?—preguntó Cosme.

—No quiero ocultároslo, puesto que os pido me guiéis hasta allí.

—¡Habla! ¿qué buscas!

—Un niño.

—¡El hijo de D. Alvaro! ¡era cierta tanta infamia!—exclamó sin poder contenerse Alonso de Pacheco.

Ixtaolzín, que conocía la historia de Pacheco, adivinó por esta exclamación el peligro que de creer Alonso tal error podía correr aquel niño que cada vez le era más querido, y se apresuró á deshacerlo diciendo:

—¡No, no es el hijo de D. Alvaro.

—¿De quién entonces?

Ixtaolzín dudó un instante y al fin respondió:

—De una sierva mía, de Papantli.

—¿Hijo entonces tuyo también?

—Sí,—murmuró más bien que dijo el sacerdote.

—¡Mientes!—gritó Cosme, no tanto porque le importase cosa alguna la supuesta paternidad del sacerdote, cuanto porque si resultase cierta haría perder la gruesa

suma de dinero en que había vendido el niño á Pacheco y á Togores.

—¡Ixcoatl!—exclamó el sacerdote lívido de cólera ante tan enérgico mentís.

—Mentira, sí,—repitió Cosme,—ese niño que dices ser tu hijo lo es de D. Alvaro de Silva, yo mismo y esta misma noche he ido á citarle de parte de una mujer para que pase á recogerle de sus manos.

—¡Ah! ¡desventurado de mí!—prorumpió el sacerdote,—¡entonces él es quien acompañado de otro español y guiado por una india ha entrado no hace mucho en la casa de tu sobrina!

—¿Cómo es eso?—Preguntó Togores.

—Sí, mi esclavo, que habéis matado, vió no hace mucho que dos españoles, guiados por una india, entran en la casa de tu sobrina. Ninguno otro puede ser, sino es él.

Por si así fuese,—dijo Togores á Alonso de Pacheco,—vamos allá, puesto que ya sabemos que la puerta está marcada con una cruz blanca.

Y llevando tras sí á Alonso, que casi no podía ya tenerse sobre sí mismo, tal le tenían su herida y la emoción, dijo al indio Cosme:

—No perderás tú la cantidad prometida, antes bien te ofrezco duplicarla, puesto que el golpe que vamos á dar es doble, mas por si ese ciego embustero tratase de estorbarnos el que caiga en nuestras manos el que él llama su hijo, quédate aquí con él y si seguirmos pretende má-tale como á un perro, que yo te pagaré su pellejo en cuanto me lo presentes.

Y sin esperar respuesta, siguió andando D. Pedro, llevando casi á remolque á Pacheco.

Ixtaolzin permaneció un instante mudo y absorto.

Las contrariedades que sobre él llovian en desencadenado torrente privábanle de todas sus fuerzas.

Iba á sucederle lo que tanto había temido.

El hijo de Xochitl iba á serle arrancado vivo de entre las manos.

Perdería al niño que amaba como suyo.

No podría en último extremo satisfacer sus viejos odios amargando para siempre la existencia de Xochitl.

El, que tan omnipotente habíase creído, mirábase reducido á la más extremosa inutilidad.

Un momento sintió que su corazón se perdía en el extravío y que de él se apoderaba la locura.

Se escapó de su oprimido pecho esa ansiedad que se traduce en lágrimas que á raudales vierten los ojos, y un rayo que le hubiese partido el corazón sin darle muerte, no le hubiera producido dolor más grande que el que experimentó al sentir la necesidad de llorar y al no poder hacerlo.

Como volcán que en repetidos temblores se agita hasta romper la cubierta sobre su cima amontonada por largos años de reposo, el sacerdote azteca rompió en sollozos, que más que ayes del alma combatida, rugidos parecían de salvaje león en solitarias horas de calentura.

Todo su cuerpo estremeciase como el de la víctima en un potro de tormento, y sus manos enclavijadas rompían con sus uñas el pecho, que en su fatigoso vaivén semejaba brazo de mar en que se debatiese colosal monstruo marino, herido de muerte por férreo arpón de experto ballenero.

¿Quién ha podido jamás medir en sus justas proporciones la intensidad de un solo instante de ilimitado dolor?

Duró un leve momento nada más y jamás tiempo alguno pareció más largo al desventurado paciente.

Y dura un leve momento porque el gran dolor ó mata como el rayo, ó pasa y disminuye en intensidad.

Creeríase que se esconde de sí mismo, dolido de su crueldad ó mortificado de haberla tan adelante llevado.

Sometido á esta ley general, el sacerdote volvió en sí del paroxismo de su ira, tan maltratado por ella como el árabe que, después de haber salvado del torbellino de arenas levantado por el *simoun*, se siente atormentado por implacable sed.

Como cuerpo levantado en el vacío, extendió ambos brazos como para medir la extensión de su aislamiento y con uno de ellos, tropezó con el indio Cosme que se mantenía á un paso del sacerdote.

Aquel contacto con uno de sus enemigos, enardeció su sangre en nueva hoguera de cólera, y volviendo rápidamente la mano al calenturiento seno, de él tomó el sagrado cuchillo de reluciente obsidiana.

Levantó en alto su mano así armada y la dejó caer, pero al esquivar Cosme el golpe, la mano dió en falso y arrastró tras de sí al sacerdote, cuyos piés se enredaron en el cadáver del misero Popoca.

Al quedar tendido en el suelo Ixtaolzín sintió sobre su pecho el pié del indio Cosme y la punta de una hoja de espada española sobre su frente.

—¡Quieto ahí!—gritó el astuto enemigo, —y agradece al resto de respeto que aun conservo para nuestros dioses, que no apoye mi mano sobre esta hoja lo bastante para clavártela en la frente!

Capítulo XII

Hernán Cortés

EN aquellos días de la Nueva España, y á tan altas horas de la noche, seguros podían estar nuestros personajes que persona ninguna hubiese de ser testigo, siquiera fuese por curiosidad, del lance que atravesaban.

Bien es verdad que sólo ellos, que en hacerlo tenían su interés, eran capaces de haber dejado sus casas para aventurarse en la medrosa soledad de las calles de los suburbios.

El resto de los vecinos, no sólo diré durante la noche, sino también ni á la clara luz del día, hubiese osado discurrir sin urgente necesidad por tales calles.

Nadie se creía seguro sino encastillado detrás de sus paredes y después de haber cruzado tras de sus puertas macizas trancas y pesados cerrojos.

No era el caso para menos.

Nuevos pliegos del emperador habian de España venido y puesto las cosas en peor estado del que antes de

ellos tenían, y era considerado como imposible de superar en daños de toda suerte.

El gran Carlos V que á la Europa entera imponía todo el peso de su voluntad inquebrantable, dejábase en asuntos de Indias influenciar por cualquiera.

Sólo así se explica que los tales pliegos rebosasen humillaciones é injusticias para el épico conquistador de aquellas heroicas tierras, y todo ello debido nada más á las falsas relaciones que de los sucesos de México le hizo el contador Rodrigo de Albornoz, que había regresado á España poco después de la muerte del licenciado Ponce de León.

Satisfaciendo antiguos rencores, Albornoz acusó á Hernán Cortés, de haber dado muerte con veneno á Ponce de León, y de tal modo ponderó la soberbia de su enemigo y tales ambiciones le atribuyó, que el emperador escribió disponiendo que sólo Alonso de Estrada se encargase del gobierno hasta nueva orden con entera exclusión del conquistador.

No necesitó Alonso de Estrada, para dar pábulo á la perversidad de sus instintos, otra cosa más que verse por el emperador alzado á alturas de que no era digno y cuyas obligaciones nunca podía llenar.

El, de por sí y con ayuda de sus aduladores, creyóse superior á Cortés, y ya que no pudiera quitarle la gloria universal de sus famosos hechos, buscó pretexto para vejearlo y herirle en aquellas sus horas de desgracia.

Incapaz de ir á retarle frente á frente y como caballero cuerpo á cuerpo, torció la vara, signo de su autoridad, y en ésta buscó la fuerza que necesitaba para lastimar al coloso.

Dióle pretexto para ello una querrela particular habida

entre su amigo Diego de Figueroa y otro de Cortés llamado Cristóbal Cortejo, quien en la liza hirió á su contrario.

Sabido por Estrada, sin esperar petición de parte, dictó orden de prisión contra Cortejo y, formando al reo un irregular y sumario proceso, sin ni siquiera escuchar sus descargos, mandó se le cortase la mano izquierda.

En vano, no ya la víctima, sino el escribano que había de intimar la sentencia, le representó lo ilegal de ella.

Estrada nada quiso escuchar y como el escribano insistiese en que aquello estaba mal hecho, el iracundo gobernador le maltrató de palabra, le amenazó con un puñal y le quitó el empleo y le confiscó todos sus bienes.

No satisfecho con esta violencia,—dice el Padre Cavo,—Estrada dió orden de que Cortejo volviera á la cárcel, y pasados algunos días lo desterró del reino, y como si Cortés hubiese tomado algún participio en el suceso, temeroso sin duda de que saliese en defensa de su amigo y servidor, hizo notificarle destierro de la ciudad; pero á temeridad tan descomunal sirvió de reparo la prudencia de Cortés, que, obedeciendo aquel mandamiento, impidió una sublevación general de los españoles y mexicanos que en su torno se agruparon, resueltos á derribar á Estrada y darle muerte.

Disponiase D. Hernando á salir de la ciudad, cuando llegó á México Fray Julián Garcés, primer obispo del Continente, que informado en Texcoco de lo sucedido con Cortejo y que el fuego de la discordia entre Estrada y Cortés iba á abrasar el reino, en solas cuatro horas en una canoa se puso en México, é inmediatamente trató de reconciliarlos.

Me persuado,—continúa diciendo el P. Cavo,—que la

mediación de este obispo fué poderosa, así por la santidad de su vida, como también porque quisieran dar ejemplo á aquella cristiandad reciente del respeto que se debe á los obispos.

Apenas se habían aquietado estos disturbios, cuando Cortés recibió una de las mayores pesadumbres que le amargaron la vida.

Siempre había estado persuadido que las iniquidades é injusticias de Salazar y Chirinos eran tan notorias y de tal naturaleza, que luego que llegaran á oídos del emperador mandaría hacer con ellos un ejemplar, y este, y el de no ser tachado de constituirse en juez y parte, fué el motivo porque se contuvo para no sentenciarlos á muerte.

Pero en aquellos dias le avisaron sus procuradores desde la córte, que por la protección del comendador Cobos, que se hallaba en la privanza del emperador, se daba orden para que saliesen de la prisión en completa libertad, sin que volviése á hablarse ni del saqueo de los bienes de Cortés ni de la muerte de Rodrigo de Paz.

Esta protección no impidió que la madre y hermanos de éste, que veían iba á quedar impune un atentado tan horrible, representaron al Consejo de Indias pidiendo justicia contra Salazar y Chirinos.

Mas estas diligencias fueron vanas, porque diferida la causa á otro tiempo, aquel tribunal mandó solamente que los bienes de ambos se depositaran.

Así fué como vinieron á quedar impunes aquellos crímenes, que por las circunstancias en que se cometieron puede decirse que no tienen semejantes en la historia.

Pero todo se comprende en aquel reinado glorioso de Carlos V de Alemania y I de España, en que, no la honra de este reino sino su engrandecimiento personal, bus-

có aquel hombre extraordinario, cuya colosal figura ilumina con su esplendorosa luz aquel siglo xvi que merece ser conocido por el siglo de Carlos V.

Mucho hubo de padecer Cortés con aquel triunfo de sus enemigos y mucho á la vez debió halagar su vanidad que un rey tan grande como Carlos V considerase la grandeza de Hernán Cortés tan fuera de la medida común de los grandes hombres, que estimó necesario conservar vivos é impunes á sus enemigos para que la insolencia de su impunidad sirviese de rémora y obstáculo á los avances de su ambición, si por acaso fuese esta la de independerse de un monarca, del cual no habia necesitado para conquistar aquellos dominios, superiores en diez tantos á la extensión territorial de la metrópoli.

Mas no necesitó de tanto para contentar sus aspiraciones.

Católico y español se contentó con entregar á la cristiandad y á su patria millones de seres que sólo en un momento de estúpida locura podrán desconocer los méritos que para con ellos contrajo el gran Hernán Cortés.

Los necios gusanos del análisis y de la crítica, podrán hallar en el conquistador de México cuantos defectos pueda halagar su pasión de registrar la podredumbre de los basureros de los palacios que han habitado los hombres inmortales.

¿Quién puede impedir que los gusanos hagan su oficio?

Dejadlos que muerdan y consuman lo mortal y perecedero.

En el fondo del sepulcro en que cumplan con su obligación, también perecerán ellos á su vez, impotentes para roer los huesos de los que fueron vivos, y siempre quedarán esas reliquias en el interior del suntuoso mausoleo.

Mausoleo de los grandes hombres es la historia.

Ella recoge el recuerdo de sus grandes y memorables hechos y lo que en sus páginas de impercedero bronce escribe, no ha habido, ni hay, ni habrá, mano capaz de borrarlo.

Rencor bestial, miserables odios, ignorante estupidez, pudieron un día arrojar de México las cenizas del conquistador, pero ni rencor, ni odio, ni estupidez tamaños podrán impedir que la historia diga que lo que Hernán Cortés y sus quinientos españoles hicieron contra los millones de súbditos del más poderoso monarca del Nuevo Mundo, constituye un suceso tan extraordinariamente heroico y maravilloso que sólo tiene semejante en los que narran las fábulas de la antigüedad, allá por aquellos días y en aquellos países en que los dioses bajaban á luchar entre los hombres y con los hombres, contra los cuales sólo podían triunfar gracias á su inmortalidad.

Si Hernán Cortés hubiese sido de aquellas épocas y de aquellos días, el dios de la guerra de los romanos no se hubiese llamado Marte sino Hernán Cortés.

Capítulo XIII

El veneno

Antes de entrar en la casa en que asilado estaba el hijo de Xochitl y de Gonzalo de Alva, nuestros amigos D.^a Ana, D. Alvaro y Papantli se sintieron sobrecojidos de espanto y horror.

Tanto el niño como la mujer encargada de su crianza, cuyo nombre cristiano era Natividad por haber sido bautizada el día de aquella fiesta, yacian en el suelo casi cadáveres.

Reconocidos que fueron por nuestros amigos no se encontró en ellos herida de ninguna especie.

Prolongado el reconocimiento se vió que ninguno de los dos estaba muerto.

En cuanto recibieron los primeros auxilios que á la ventura se les dieron, pudo notarse que su estado mejoraba y que su letargo disminuía en intensidad.

Al fin Natividad abrió los ojos y dió muestras de que veía á Papantli y á sus acompañantes.

Por último sus labios balbucearon algunas palabras.

—¿Qué es del niño?—preguntó;—¿está ahí?—¿vive?

Y después de estas preguntas hechas con un acento conmovido y solícito, Natividad rompió á llorar amargamente presa de una violenta conmoción nerviosa.

La conmoción se convirtió bien pronto en un peligroso ataque que, de haber sido más largo de lo que lo fué, quizás la hubiese producido la muerte.

Pero D.^a Ana y Papantli y D. Alvaro lograron disminuir la intensidad del ataque, y el peligro desapareció, y Natividad pudo decir lo siguiente que desvaneció las indiscutibles dudas de sus favorecedores.

—Sin duda el Dios cristiano ha tenido compasión de mí.

—Sí, pobre mujer,—observó D.^a Ana,—nuestro Dios os ha salvado de la muerte.

—¿Pero y el niño?—preguntó Natividad con ansia é interés manifiestos.

—También está en salvo,—contestó Papantli, que le tenía maternalmente abrigado en su seno.

—¿Qué ha motivado el accidente que uno y otro habéis sufrido?—inquirió D.^a Ana.

—Perdonadme como Dios me ha perdonado, según parece.

—Habla, hija mía.

—Voy á hacerlo; quiero que lo sepáis todo antes que un nuevo ataque sobrevenga, porque á pesar de mi momentáneo alivio me siento mal, muy mal!

Estoy envenenada.

Los tres oyentes de Natividad lanzaron una exclamación de horror.

La india continuó, diciendo:

—Estoy envenenada, sí, y ese niño lo está también, pero quizás os será fácil salvarle.

El tósigo que pretendi hacerle beber le repugnó á tal grado que al primer sorbo le sobrevinieron grandes náuseas, y su estómago lo volvió casi completo.

No me interrumpáis; siento que no tardará en volverme la fatiga y puedo morir sin haberos dicho lo que deseo deciros.

Nadie me ha hecho beber ese veneno.

Yo le he tomado por mi propia voluntad.

Querían quitarme ese niño y el amor que le he cobrado me cegó!

—¿Acaso Ixtaolzín?...—preguntó Papantli.

—No, no he visto hoy á Ixtaolzín.

—¿Quién entonces?

—Un pariente mío, un hermano de mi madre, un indio como yo bautizado y cuyo nombre cristiano es Cosme.

—¿El mandadero?

—El mismo.

—¿Pero con qué fin?

—Dice que ese niño es hijo de un gran caballero español que dará por su rescate una cantidad fabulosa.

No tengo fuerzas para referir la historia de mi vida.

Sólo os diré que á consecuencia de las faltas que hay en ella, obligada estoy á obedecer á Cosme, quien me inspira un espantoso terror.

Tuve que ofrecerme á obedecerle en cuanto quisiera mandarme.

Quedó conmigo en que volvería esta noche y me obligó á jurarle que á nadie sino á él entregaría ese niño.

Quise hacerle creer que era mío, pero él me desmintió asegurándome que Papantli le había dado el encargo de ir á tratar de su rescate con el padre del niño.

Yo lo creí, porque Cosme entró aquí pocos momentos después de haber salido Papantli, y esta circunstancia fué aducida por él como seña y demostración de la verdad con que me habló.

Me dió á entender que el negocio que con el rescate iba á hacer Papantli, podíamos nosotros solos hacerlo, y cuando le dije que amaba más al niño que á las riquezas que pudiese proporcionarme su separación, Cosme me amenazó con llevarse desde luego al niño.

Por evitarlo le prometí cuanto quiso y Cosme creyó sin duda mis juramentos, porque salió para volver esta misma noche.

Cuando me vi sola me entregué al exceso de mi desesperación y por ella enloquecida determiné morir y matar al niño.

Ya sabes tú, Papantli, lo que pasa.

Si tú has tenido el proyecto de quitarme ese niño que hasta hoy he cuidado como mío, sabe que por causa tuya voy á morir tal vez.

Si Cosme mintió, sabe también que concierta la manera de robarte esa criatura.

Si tú la amas como siempre me has dicho, vé cómo la salvas, pues Cosme es astuto y se halla poseído de inmoderada ambición de medro y riquezas.

Si las gentes que te acompañan son los padres del niño, que Cosme me anunció, diles con cuán tierna solicitud he cuidado de él, y suplicales que en premio no le permitan olvidar mi nombre cristiano, que le he enseñado á pronunciar y que él repite con filial delectación.

No temas por su vida.

Estoy segura de que se ha salvado de los efectos del veneno.

El letargo que le acometerá á ratos, pasará al fin y desaparecerá.

Ya te lo he dicho; volvió el primer sorbo casi en el instante de tomarlo.

Yo había bebido una fuerte cantidad de ese fatal licor antes de hacerle beber á él.

Transcurrió mucho tiempo antes que me decidiese á darle la corta cantidad que le di.

Me causaba horror engañar su inocencia.

«Bebe esto» le dije acercando el veneno á sus labios, y el niño se apresuró á obedecerme, sonriéndome de un modo celestial.

¿Cómo había de suponer que yo tuviera la crueldad de pagarle su cariño dándole horrible muerte?

Espantada de mí misma retiré el vaso de sus labios.

La criatura lloró porque creía que yo le negaba alguna dulce y saludable bebida.

Me fué imposible consolarla.

Por más que hice para distraerla, continuó pidiendo que le diese de beber.

Yo me mantuve fuerte en mi negativa, á pesar de que aquella insistencia y aquel llanto me parecían una indicación sobrenatural de que era conveniente que yo salvasse al niño de ser vendido por tí ó por Cosme.

Pero al fin, sentí en mí los primeros síntomas del envenenamiento.

Mi vista comenzó á nublarse y vacilé sobre mí misma.

A cada instante me parecía escuchar pasos de gentes que venían á mi casa.

Como pude me asomé á la puerta de la calle y observé.

No eran una ilusión los pasos que había escuchado.

Allí, en la calle, á corta distancia de mí, estaba Cosme conversando con otros dos hombres.

No los conocí.

Mi vista se nubló por instantes.

Mis oídos zumbaban de un modo ensordecedor.

Sin embargo pude percibir que trataban del niño y que los dos hombres prometían por él una suma colosal.

No esperé más.

Volví á entrar, tomé la pócima fatal y la acerqué á los labios del niño que bebió sonriendo y con avidez.

Pero en el acto le repitieron las náuseas, y volvió el desagradable veneno.

Al mismo tiempo sentí dolores horribles, flaquearon mis piernas y caí en tierra.

La criatura se arrastró hasta mí y me colmó de caricias incéfables.

Estaba pálido como un cadáver.

Introduje un dedo en su boquita y le obligué á volver el resto de la bebida.

Después sentí en mi cabeza espantosos golpes interiores y quedé como muerta.

.....
Cuando en mi auxilio acudisteis creí despertar de horrible pesadilla.

Sé que á mi vez he vuelto parte del tósigo pero mis entrañas arden como si en infernal fuego se abrasasen.

Quizás para mí no hay salvación.

Así, pues, abandonadme á mí misma, y poneos en salvo con ese niño, pero pronto, porque... conozco los pasos que según dije oí no hace mucho, se acercan, sí, salvad al niño!

Capítulo XIV

Un doble asesinato

HUERTES golpes dados en la puerta con las empuñaduras de las espadas, resonaron con lúgubre eco en el interior de la casa y dos voces repitieron á la vez:

—¡Abrid! ¡Abrid!

Estas voces hicieron estremecer á D. Alvaro y á doña Ana, que se miraron con asombro y espanto.

—¡Abrid! ¡abrid!—repetían las voces.

—¡Esto es un sueño horrible?—preguntó D. Alvaro.

—¡Abrid, Alvaro de Silva!—dijo la voz.

D. Alvaro se irguió en toda la magnitud y nobleza de su caballeroso porte, y tomando de un brazo á D.^a Ana y pasándola á sus espaldas y cubriéndola con su cuerpo y desvainando su espada, gritó:

—¡Pasad adelante, Alonso de Pacheco, pasad, Pedro de Togores!

.....
La puerta cedió al impulso de los golpes que recibía, y

abriéndose con violencia dió paso á los dos enemigos de nuestros héroes.

—¡Alonso!—gritó D.^a Ana con supersticioso terror.

—¡El mismo!—contestó Pacheco tratando de avanzar hacia ella.

—¡Atrás!—exclamó D. Alvaro tendiendo su espada con la cual cruzó bien pronto la suya el señor de Togores.

—Tú á él,—dijo Pacheco á Togores,—mátale ó entretente mientras yo pisoteo la cabeza de ese niño fruto infame de los amores de uno y otro miserable!

D. Alvaro dió un salto hacia atrás, y quedando fuera del alcance del brazo de Togores, prorumpió con exaltación en lo siguiente:

—¡Alonso de Pacheco, ved lo que decís, no sea que para vengaros de vos mismo me vea obligado á arrancaros la lengua maldiciente!

Al suponer lo que de ese niño supones, un crimen me achacas que no he cometido, un insulto te haces que mereces y á tu esposa ofendes, á tal grado que en la precisión me veo de salir á su defensa, y á duelo mortal te reto si por acaso aun fueses caballero y lo fuese también Togores, para dejarnos luchar con la lealtad que el caso exige.

No había concluido de hablar D. Alvaro, cuando doña Ana se adelantó resueltamente y se puso al alcance de la espada de Alonso de Pacheco que, ciego de ira, se dirigía hacia el joven retador bamboleándose como un beodo.

—¡Primero á mí!—exclamó D.^a Ana extendiendo hacia atrás sus brazos, y después de haber rasgado el justillo de raso negro que cubría su pecho.

—¡Vil!—gritó Alonso,—ante mí te atreves á tomar su defensa.

—Ni yo hago tal, ni él lo necesita. Mas en el extremo á que hemos llegado, los dos necesitamos concurrir á la vez ante el Tribunal de la Justicia divina. Hierde, pues, sin vacilación. No quiero ante los hombres defenderme del insulto que me has hecho; sólo ante Dios hablaré por mí.

Tú que has sido la causa de mis errores, no puedes ser mi juez.

Concluye, pues, el oficio que hasta hoy has ejercido con respecto á mí.

Sé mi verdugo.

—¡Y eres tú quien así me habla, y así de mí se queja?

¿Qué faltas puedo haber cometido con respecto á tí, que no desaparezcan ante la magnitud de las tuyas?

Si como tú lo pides y yo lo deseo, y he de hacerlo, te arranco la vida que á mí deshonora has consagrado ¿podrás con la muerte purgar el crimen de haber concertado con tu amante el asesinato de tu esposo?

—¡Infame acusación la que me diriges, Alonso de Pacheco; infame acusación, sí, tan infame como la perfidia del hombre que la inventó!

—Inútiles pláticas,—exclamó Pedro de Togores, contrariado con el giro que la conversación tomaba,—inútiles y ridículas, pues no son para ellas los momentos en que nos hallamos.

Perdona, Alonso de Pacheco, á esa infeliz y castiguemos como lo merece el mal espíritu causa de sus errores.

Alvaro de Silva, ya lo veis; Alonso y su esposa aun tienen que hacerse mutuas explicaciones antes de salir de este mundo para presentarse ante el Tribunal de Dios.

Alzad el reto que á Pacheco hicisteis, y si aun vuestra

conciencia no se ha endurecido en la práctica del crimen, cruzad de nuevo con la mía vuestra espada, que este honor quiere hacer os el padre de D.^a Leonor por vos entregada á los verdugos dispuestos para D.^a Ana.

—¡Lo haría así, villano sacrificador de tu propia hija, si en tu provocación no hubiese como lo he descubierto, el inicuo propósito de distraer la atención de Pacheco y ahogar en mi garganta la voz con que te acuso ante él de ser su más pérfido y villano enemigo!

—¡Tienes miedo, cobarde asesino de mujeres desdichadas!

—¡Miedo yo y de tí! —gritó D. Alvaro levantando su espada y cruzándola con la de Togores.

—¡Teneos! —exclamó Alonso de Pacheco interponiéndose,—el odio de nuestros corazones y sobre todo la justicia de Dios, mantienen en suspenso sobre nuestras cabezas la guadaña de la muerte.

Alvaro de Silva dice bien; justifiquémonos cada cual antes de abrirnos paso hasta el Tribunal de la divina Justicia.

Pedro de Togores, mi viejo y leal amigo, puedes hablar.

Tú, cuya voz, llamándome cariñosa y conmovida, logró arrancarme del fondo del sepulcro al cual habíame arrojado una mortal estocada de Alvaro de Silva.

Tú que en aquellos instantes recibiste el sagrado depósito que en tí hice de cumplir las venganzas que mi honor ultrajado demandaba en incontrovertible justicia, habla.

Repíteme con aquella emoción generosa con que me lo dijiste, que enterado por tu celosa hija de que Alvaro y D.^a Ana habían concertado mi muerte, te constituiste en

espía del criminal, y siguiéndole, fué como llegaste á dar conmigo, tarde desgraciadamente, mas no tanto como ellos hubiesen deseado.

Conforme Alonso de Pacheco fué adelantando en su discurso, fuése irguiendo con dignidad suprema la figura espléndidamente hermosa de D.^a Ana, quien con voz que la ofensa recibida hacía más grave y bien timbrada, añadió á continuación de las palabras de Pacheco:

—Y repetid también como complemento de la infamia que con Alonso cometisteis, que D.^a Ana de Pacheco se salvó de los verdugos que contra ella habíais armado, gracias al descubrimiento que le hicistéis de una salida secreta abierta en la sala de vuestra casa, exigiéndole en cambio de su salvación, que premiase vuestro amor ciego y constante por la esposa de vuestro antiguo y leal amigo.

Y decidle también por último, como perdisteis el sentido y caisteis á mis piés herido por vuestra espantosa cólera, cuando D.^a Ana os dijo que á todo renunciaba, aun á la salvación y á la vida, antes que acceder á vuestra odiosa pasión, renuncia que vuelvo á hacer en estos solemnes instantes en que Alonso de Pacheco, puede morir á manos de D. Alvaro de Silva y éste á las vuestras, plan meditado por vos, D. Pedro de Togores, para tenerme al fin á vuestra merced, indefensa y sin amparo.

—¡Pedro de Togores, defiéndete! —gritó Alonso de Pacheco al mismo tiempo que por la entreabierta puerta, penetraron dando horribles gritos, el deforme Ixtaolzin y el siempre doble y falso indio Cosme.

A uno y otro habíamos dejado mudos y hostiles en mitad de la calle y teniendo á sus piés el cadáver del fiel siervo Popoca.

En vano el sacerdote irritado contra el vendible Cosme trató de deshacerse de él.

Errado el golpe, á su merced quedó, sintiendo sobre su frente la punta de una espada española.

Pero si la fuerza no estaba del lado del sacerdote de Toci, sí lo estaba la astucia que le distinguía.

Cuando dominar pudo su cólera, suplicó á Cosme le escuchase, y una vez logrado esto, el indio quedó á su vez vencido y dominado.

Su pasión eran las riquezas, y el sacerdote le demostró que nadie en la posesión de ellas podía superarle, pues en sus manos estaban el tesoro de los reyes aztecas y el del templo mayor de México.

Ixtaolzín díjole que aquellos, inútiles ya para lograr por su medio la reconquista de la patria, daríalos íntegros por aquel niño tan buscado por todas partes y distintas personas.

Cosme se aseguró de que suyos serían aquellos tesoros y se ofreció á ayudar en su empresa al sacerdote.

—Sígueme,—dijo,—y cayendo por sorpresa sobre esos españoles no dejaremos ni á uno solo con vida.

—Vamos allá, pero no olvides mis instrucciones; primero y ante todo hiere á los dos españoles á quienes tú guiabas; quieren matar á ese niño á todo trance y necesario es que ese niño viva.

Los otros dos españoles á los cuales guía la infiel Papantli, quieren como yo salvar á esa criatura.

No los hieras, pues, por el momento, ellos ayudarán á mi propósito, y una vez los otros muertos, tiempo nos sobrá para concluir también con ellos.

Siguiendo estas instrucciones, Cosme, en cuanto penetró en la casa de su sobrina, clavó la espada en un costa-

do de D. Pedro de Togores que cayó en un lago de su propia sangre, y después atravesó con la misma hoja el cuello de Alonso de Pacheco, que como piedra vino al suelo, cual si herido hubiérale la cólera de un cielo en fragorosa tormenta deshecho.